

Observaciones sobre el estructuralismo¹

Jean Starobinski

La preocupación por las estructuras, en crítica literaria, adquiere su actualidad por un efecto de contaminación del que no obstante yo seré el último en quejarme.

Sin ser ciencia, y sin desarrollar el discurso que es propio de la filosofía, la crítica literaria se sitúa próxima a la reflexión filosófica y en la vecindad inmediata de las ciencias humanas. Lo que sucede es que las adopta como modelos, tomándoles prestado sus conceptos y sus métodos, de los que intenta sacar partido. Es esto lo que hoy sucede con el estructuralismo.

En sus aplicaciones a la crítica literaria, el favor actual del estructuralismo no procede sólo de la lingüística post-saussureana, sino también de la aportación conjunta del gestaltismo, de la fenomenología, del pensamiento sociológico (que incluye la etnografía y la antropología). Lo anterior no excluye que haya confusión ni malentendidos. El examen de la difusión de la terminología estructuralista no carecería de interés para quien justamente quisiera analizar la *estructura* verbal de la vida intelectual contemporánea...

Señalemos de entrada que el interés por preguntarse por las estructuras, es decir, por totalidades coherentes y significantes, coexiste en nuestra sociedad con la convicción muy extendida que sostiene que el espíritu de la época está marcado por la incoherencia, el absurdo, la confusión de las lenguas, la pérdida y la disipación de los valores tradicionales de la cultura, etc. Como instrumento de desciframiento de nuestro tiempo, el estructuralismo postula la posibilidad de encontrar ahí conjuntos comprensibles. Por ello implica la fe en la presencia inmanente de una razón estructurante, y, fuera de las vías del racionalismo vulgar, reivindica una racionalidad del mundo. Incluso cuando examina “sistemas” u “organismos” enfermos (los cuales tienen igualmente su propia estructura), supone por parte del observador una apuesta en favor del sentido, una opción por la inteligibilidad. El estructuralismo es una refutación de la fácil dramaturgia del absurdo. (Es cierto que la existencia yuxtapuesta de estructuras diversas y encerradas en su organicidad propia deja intacta la cuestión de la racionalidad del *todo*, en cuyo seno los “sistemas” heterogéneos están simultáneamente presentes).

Que un sistema no esté constituido por la suma de sus partes, que el sentido del todo sea inmanente a cada uno de los elementos constitutivos, tal es la intuición primera del estructuralismo. “Hay que partir de la totalidad solidaria para obtener mediante el análisis los elementos que encierra” (F. de Saussure). El método estructural pretende

¹ Publicado originalmente en *Ideen und Formen, Festschrift für Hugo Friedrich* (Francfort, Hugo Klostermann, 1965). Agradecemos a la familia Starobinski su amabilidad al autorizarnos a publicar la traducción de este texto. [*Escritura e Imagen*]

comprender de forma adecuada los organismos complejos en su organicidad original y de acuerdo con las relaciones internas que determinan su coherencia.

El estudio de las obras literarias podrá así ofrecer uno de los campos de aplicación privilegiados del método estructural.

Pero el estructuralismo no es una “visión del mundo”, como el marxismo, ni una técnica de interpretación fundada en un conjunto de nociones más o menos invariable, como el psicoanálisis. En su definición más general, el estructuralismo no es más que una atención dispuesta a dar cuenta de la interdependencia y la interacción de las partes en el seno del todo. De ahí su validez universal, que permite que pueda aplicarse a la lingüística, a la economía, a la estética, etc.; de ahí también la necesidad de precisar el procedimiento del análisis estructural, definiendo para cada disciplina –y puede que para cada objeto particular– un método específico, una hermenéutica eficaz. Por otra parte, las estructuras no son cosas inertes, objetos estables. Surgen a partir de la relación que se establece entre el observador y el objeto. Se despiertan como respuesta a una cuestión previa, y es en función de tal cuestión planteada a las obras como se establece el orden de prevalencia de sus elementos descifrados. Es en contacto con mi interrogación como las estructuras se manifiestan y se hacen sensibles, en un texto fijado desde hace tiempo en la página del libro. Los diversos tipos de lectura escogen y extraen estructuras “preferenciales”. No es indiferente que preguntemos al texto en calidad historiadores, sociólogos, psicólogos, estilistas y amantes de la belleza pura. Pues cada una de estas aproximaciones tiene como efecto modificar la configuración del *todo*, apelar a un nuevo contexto, recortar otras fronteras en cuyo interior reinará una ley de coherencia diferente. Nos damos cuenta rápidamente de que una misma obra según la cuestión que se plantee ofrece varias estructuras igualmente admisibles, o incluso que esta obra se define como una *parte* en los sistemas más vastos que la engloban sobrepasándola. Aquí quien toma la decisión no es el estructuralismo. Por el contrario, el análisis estructural sólo puede venir después de una decisión previa que fija la escala y el interés de la investigación. Sin duda, la búsqueda de la totalidad nos impulsa a coordinar los resultados de estas diversas lecturas, a tratarlos como elementos de una *gran estructura* que sería la significación global, el sentido exhaustivo. Todo conduce a creer que esta *gran estructura* constituye un término que no se deja percibir sino de modo asintótico.

El entramado de las correlaciones estructurales se despliega en la simultaneidad. Todo es contemporáneo –*sincrónico*– en una estructura constituida. Yo no concluiría de ello que el estructuralismo desconoce y excluye el devenir histórico. ¿Cómo podría atreverse el crítico a conferir una falsa intemporalidad a las estructuras cuando él mismo sabe bien que las ha extraído del curso de una historia, en el momento X de una evolución *diacrónica*? A mi parecer, el peligro de evasión en un formalismo ahistórico está descartado desde el momento en que las estructuras objetivadas (la obra, en su plenitud formal) sean interrogadas como la expresión de una *conciencia estructurante*. Pues entonces habría que preguntarse: ¿Quién habla? ¿A quién se le habla? ¿Con qué fines? ¿Cómo se ha planteado la situación en que el escritor se ha sentido obligado a escribir) Etc. Estas preguntas, que la retórica clásica no ignoraba, sitúan la obra en el campo de una relación vivida, y a esta misma relación en el campo de la historia. La estructura inmanente de la obra define la *forma* de la relación, pero la tensión vivida de la que depende es un vector histórico, cuya existencia el crítico no debería olvidar jamás.

Al detectar los entramados inmanentes a la obra (entramados simbólicos, afectivos,

etc.), la crítica estructuralista sabrá poner en evidencia los puntos sensibles en donde la trama formal de la obra está *atravesada* por todo lo que cruza la obra, por todo lo que, por medio del arte, busca algo que se sitúa más allá del éxito orgánico del arte. En este sentido, considero al estructuralismo el complemento indispensable de la conciencia histórica. Sólo hay historia en el relieve de las obras, de las instituciones, de las relaciones humanas. El conocimiento más profundo de la textura de la obra literaria no puede sino ayudarnos a comprender mejor al ser que de este modo se crea a sí mismo por medio de su obra, la libertad que ha buscado su propia figura en la estructura que ella misma ha inventado.

(trad. Jordi Massó)